

ANÁLISIS DE LA OBRA

En la relación de personajes de esta obra olvidó, sin duda, Bretón incluir a la mona. De que el animalillo no puede ser considerado un accesorio da fe su movilidad; de su importancia, el juego escénico que propicia (se pierde, enemista a los novios, la recupera el petimetre, la ama la muchacha...) e incluso el lugar de privilegio en que su dueña la coloca en sus afectos.

La obra es eso: un divertimento que toma como excusa la demostración de la incompetencia afectiva de una joven. Para tal menester dispone el autor siete personajes y una mona en un espacio que busca un juego escénico vivo. El espacio escénico es un jardín; a él se añade su arbolado, que ha de servir para las ocultaciones de personajes y algún mutis. El jardín se abre al espacio latente, configurado por el interior de la casa y la calle, donde se desarrolla la pérdida de la mona, su recuperación y un duelo. Estas posibilidades dispuestas por el espacio son aprovechadas con continuas entradas y salidas de escena. Incluso se maniobra con la luz, código en el que el teatro de Bretón se muestra parco en utilidades: en la escena XXI se necesita ocultar a un personaje muy cerca de otros; al arbolado se suma entonces la disminución de la luz (“[*Empieza a oscurecer*”], acota el autor.)

Excepción hecha de la mona, los personajes son típicos: hay una señorita voluble y alocada, un novio tibio, para antagonista del simio, una madre, para que haya una madre, y dos pretendientes ridículos para la burla; son más notables, quizá porque rompen un

esquema de expectativas configurado ya, un libertino descafeinado y una criada, objeto de unas proposiciones eróticas, llamativas por lo infrecuentes –casi ausentes– en el teatro bretoniano.

Ambos contribuyen, en un cierto descompás, a dotar de elementos serios a una obra de tono suave y cómico.

El libertino descafeinado se define a sí mismo en la primera escena, como adverso al matrimonio y amante de todas las mujeres, y es, asimismo, quien ofrece la clave de la obra en consejo a su hermano, el novio tibio: “Pesa bien el pro y el contra.”, antes de casarte.

Como ha de ser su función, argumenta y conspira en contra del matrimonio; lo curioso es notar que Bretón, de manera indirecta, ha marcado positivamente a este personaje, ya que en la primera escena capta los rasgos del tipo de la novia que llevarán en la última, al manifestarse con claridad, a que el matrimonio no se efectúe.

Rosa, la criada, aporta a la obra el atisbo de una clase baja, las más de las veces soslayada por Bretón, cuando no presentada con desprecio. La escena XVII deja entrever una realidad un algo sórdida: Rosa está recogiendo unos puros que el novio tibio tiró por imperativo de la novia mandona, y se refiere a su novio y a su relación: “Él es un tuno, /un borrachuelo, un pelón...,/ pero no hay otro recurso.”

La conjunción entre ambos personajes se produce por el rasgo de la proposición sexual; hecho muy llamativo y, en los modos en que se efectúa, único en el teatro bretoniano: no es sólo que haya requiebros, sino que hay hasta una proposición e intento de abrazo (“[*Intenta abrazarla y Rosa le repele.*”], y un rechazo despectivo (“Vete a fregar”, “criaduela zafia”).)

La obra se construye sobre una estructura básica de debate, con el matrimonio como asunto del que se van exponiendo los pros y los contras. Como en otras muchas ocasiones, Bretón no va más allá de los tópicos y de la argumentación epidérmica, situa-

ción que se agudiza cuando los componentes teatrales van centrándose cada vez más en mostrar no los valores o perjuicios del matrimonio, sino la inmadurez afectiva de la posible novia y, todavía por encima de ello, se aprovecha para buscar la comicidad.

La obra no adquiere relieve, y se mantiene en un nivel anodino, y ello aun con la diversidad de recursos que se ponen en juego: disputas entre enamorados, “embustes para hacer rabiar”, “relación exacta de novios” de la niña, nuevas disputas, aparición de tipos caricaturescos, narración de un duelo, ocultamientos y apariciones, y hasta una mona perdida.

TEXT O

EL PRO Y EL CONTRA
COMEDIA EN UN ACTO

**Estrenada en el Teatro del Príncipe
el día 24 de marzo de 1838.**

PERSONAJES

CECILIA.	D. LUIS.
DOÑA JOSEFA.	D. JULIÁN.
ROSA.	D. SANTIAGO.
D. AQUILINO.	

*La escena es en Madrid.- El teatro representa un jardín con arbolado. A la derecha del actor, puerta con gradas que es la que conduce a lo interior de la casa. Una verja en el foro.
En el proscenio un banco.*

ESCENA I.

D. LUIS. D. JULIÁN.

[*Aparecen fumando.*]

- Julián.* Mucho es venirme al jardín
dejando a Cecilia hermosa
por allá dentro.
- Luis.* ¿Qué quieres!
Por fumar...
- Julián.* Siendo tu novia,
y prima nuestra además,
creo que esas ceremonias
son excusadas.
- Luis.* Con todo,
no es razón que de una boca
salgan simultáneamente
la saliva y la lisonja
y entre humaradas horribles
palabras de miel y rosa.
- Julián.* Si te has de casar con ella,
mejor es que desde ahora
la acostumbres... Pero hablemos,
puesto que estamos a solas,
con la franqueza de hermanos.
¿Es cierto que te enamora
la primita?
- Luis.* Sí, Julián.
No diré que es una loca
pasión la que me ha inspirado,
pero me gusta, que es de honra

y provecho esa muchacha.
Tiene unos ojos que roban
el corazón, y un gracejo
singular. Es, como todas
las doncellas de su edad,
frivolilla y caprichosa,
pero amable cual ninguna,
despejada como pocas,
aseada sin ser pobre,
rica sin ser orgullosa.

Julián.

Y a mí me parece que es
una linda perinola¹
sin juicio y sin fundamento,
que ama..., ¿qué sé yo?... Por moda.
Se cansó de las muñecas
y ya apetece otra cosa.
Quiere casarse, y no tanto
por complacerse a sí propia
con el nuevo estado, como
por causar envidia a otras.
Más que salir de soltera
quiere el ruido de las bodas,
y las galas, y el ascenso
de señorita a señora.
Si tú eres el preferido
es sólo porque te doblas
con resignación humilde
a su voluntad despótica.
Créeme, y no extrañes que yo
mejor que tú la conozca;
que yo sin pasión la juzgó,
y tú sin juicio la adoras.

1. **Perinola.** 'Peonza' y 'mujer pequeña y vivaracha'.

- Luis.* No puede ser imparcial
tu voto siendo notoria
tu aversión al matrimonio.
- Julián.* Es cierto. Me dan congojas
sólo de pensar en él.
¡Es tan buena, es tan sabrosa
la libertad de soltero!
¡Conozco a tantas bribonas!...
- Luis.* Tú tienes mala opinión
del bello sexo, y quien te oiga
no se cansará jamás.
A la viva llamas loca,
a la sensible embustera,
a la bella peligrosa;
una te choca por alta
y otra te enfada por gorda.
En fin, ninguna te gusta...
- Julián.* No, que antes me gustan todas,
y por eso cabalmente
no me caso.
- Luis.* Si esa norma
siguieran todos los hombres...
En fin, allá te compongas
con tu sistema insocial,
que tal vez, aunque lo elogias,
tiene más inconvenientes
que el yugo de que te mofas.
- Julián.* Luis, ya que el cielo te inspira
esa vocación heroica,
no digo que no te cases;
pero antes, es un axioma,
mira lo que te haces, Luis;
que la más perfecta moza
tal vez después de casada
es la caja de Pandora.

Míralo bien. Tú eres joven,
y mujeres hay de sobra.
Luis. Aún no es cosa tan formal
que... Todavía lo ignora
su madre, y... Vamos, también
tengo yo acá mis zozobras...
Julián. Pues aún es tiempo. ¡Ojo alerta!
Mira, hermano, que no es broma
el casarse...
Luis. Sí; prometo...
Julián. Pesa bien el pro y el contra.
Luis. [*Tirando el cigarro.*]
Ella viene. Si quisieras...
Julián. Ya, sí... ¡A ver cómo te portas!
[*Se retira por entre los árboles.*]

ESCENA II.

CECILIA. D. LUIS.

Luis. [*Saliendo al encuentro de Cecilia.*]
Ya volvía yo a la sala,
pero pues vienes aquí,
me alegro...
Cecilia. [*Se sienta en el banco suspirando.*]
¡Triste de mí!
Luis. ¿Qué te sucede? ¿Estás mala?
Cecilia. No.
Luis. ¿Estás enojada?
Cecilia. ¿Yo?
¿Con quién?
Luis. Acaso conmigo.
Cecilia. No.
Luis. Sintiera...
Cecilia. Que no digo.
Luis. ¿Con tu madre?

- Cecilia.* ¡Dale! No.
- Luis.* Pues ¿qué tienes? No comprendo la causa de esa importuna seriedad.
- Cecilia.* No ha de estar una a todas horas riendo.
- Luis.* En la mesa estabas loca de contento, y ahora...
- Cecilia.* Tengo *esplín*²
- Luis.* Apostaré a que es por una bicoca.
- Cecilia.* ¡Pues ya! Merezco una jaula. Yo no sé lo que me pesco... Tengo un genio muy sardesco³... Soy una loca, una maula.
- Luis.* Pero, Cecilia, ¿es posible...? ¿Cuándo he dicho tal de ti?
- Cecilia.* Lo das a entender.
- Luis.* No.
- Cecilia.* Sí.
- Luis.* Pero...
- Cecilia.* Hoy estás insufrible.
- Luis.* Si mi aspecto te contrista, yo me iré porque no creas...
- Cecilia.* Eso es lo que tú deseas, eso; ¡perderme de vista!

2. **Esplín.** 'Humor tétrico', 'melancolía', 'tedio de la vida'. Voz utilizada con frecuencia por Bretón (vid. *Los dos sobrinos*, *El pro y el contra*, *El pelo de la dehesa*, *Pruebas de amor conyugal*, *Los solitarios*, *Errar la vocación* y *El enemigo oculto*) y también por otros autores de la época, como Galdós (*Fortunata y Jacinta*) o Larra. Procede del inglés *spleen* 'bazo', 'esplín', y éste del griego *splên*, que tiene también la acepción de 'hipocondría': se consideraba al bazo como el centro causante de la melancolía. (*DCECH*, s.v.).

3. **Sardesco.** 'Áspero'.

- Luis.* No; ¡jamás! Pero... soy franco:
esa extraña displicencia
me aburre... ¿Me das licencia
para sentarme en el banco?
- Cecilia.* ¿De veras? Bien caben dos.
¿A qué pedirme permiso?
¿De cuándo acá tan sumiso...
Siéntese en gracia de Dios.
- Luis.* [*Sentándose.*]
Ea pues, mi bien, no haya
desazón. Si alguien te irrita,
yo no soy. Esa manita...
- Cecilia.* [*Se la deja tomar.*]
¿También la manita? ¡Vaya!
- Luis.* Tras llevar los azotes
te pido perdón. Soy loco.
[*Va a besar la mano, y ella la retira.*]
¿No es verdad?
- Cecilia.* ¡Eh! poco a poco.
Besarla, no. ¡Y con bigotes!
- Luis.* ¿Te asustas?
- Cecilia.* No es que me asusto.
- Luis.* ¿Por ventura te dan asco?
- Cecilia.* Tampoco.
- Luis.* Sería chasco...
- Cecilia.* Es que no son de mi gusto.
- Luis.* ¿De veras! Confuso estoy.
Ya hace dos meses o tres
que a todas horas los ves,
y nada has dicho hasta hoy.
- Cecilia.* Primo, quien de veras ama
tiene la nariz más fina,
y por instinto adivina
lo que no gusta a su dama.

- Luis.* Como el bigote es de moda
y eres tú tan elegante,
creí... Me gusta bastante,
pero si a ti te incomoda...
- Cecilia.* ¡Hacen la cara tan lacia
esas cerdas...!
- Luis.* No haya pleito
por eso. Pronto me afeito...
- Cecilia.* ¡Pues! Ahora no tiene gracia.
- Luis.* Rapado cual los carrillos
quede el labio delincuente.
Soy galán condescendiente...
y no reparo en pelillos.
- Cecilia.* No; así estás mejor.
- Luis.* (¡Qué chinche!)
- Cecilia.* Otra dirá que son bellos
tus bigotes, pero en ellos
no seré yo quien me pinche.
- Luis.* [*Enfadado.*]
Pues bien, si nunca se acierta
con usted...

ESCENA III.

CECILIA. D. LUIS. ROSA.

- Rosa.* ¡Ay señorita!
No parece. ¡Pobrecita!
- Luis.* ¿Cómo...?
- Rosa.* Ni viva ni muerta.
- Cecilia.* ¡Ah! ¡Qué haré sin mi Celinda!
¡Tan viva, tan juguetona...!
- Luis.* ¡Qué escucho! ¿Ha muerto la mona?
- Rosa.* Se ha perdido. ¡Era tan linda!...
- Cecilia.* Dime ahora, ¡ay cielos!... di
que sin causa estaba triste.

- Luis.* Pero ¿por qué no dijiste...
Cecilia. ¡Ay mona mía! ¡Ay de mí!
Rosa. Se olvidó echar el candado
que afianzaba la cadena;
saltó el animal...
- Cecilia.* ¡Qué pena!
Rosa. Y de uno en otro tejado...
Luis. Bien; buscarla. Se pregunta...
Rosa. Se ha andado todo el cuartel,
¡y nada!
- Cecilia.* ¡Suerte cruel!
La han robado, o ¡ya es difunta!
Luis. ¿Quién sabe si algún vecino...?
Rosa. Aún va indagando su huella
y da dos onzas por ella
el señor don Aquilino.
- Cecilia.* Lo creo, Esta sí que es prueba
de amor, ¡y frío desdén
es su premio!
- Luis.* Yo también
a saber la triste nueva...
Cecilia. Era el cigarro primero
que estar en mi compañía.
- Luis.* ¡Válgame Dios! ¿Quién podía
presumir...?
Cecilia. ¡Mal caballero!
Luis. Yo también si es necesario
la anunciaré por carteles,
y en los públicos papeles,
y avisaré al comisario...
¿Qué no haré yo porque halles
esa mona por quien mueres?
Hasta los ciegos, si quieres,
la gritarán por las calles.
- Cecilia.* ¡Bien, muy bien! ¡Búrlate ahora!

Luis. ¡Oh! no hay tal. De veras hablo.
Cecilia. ¡Qué insulto!
Luis. ¡Lléveme el diablo...!
Cecilia. ¡Oh!
Luis. ¡Prima...!
Cecilia. Basta....
Luis. ¡Señora!
¿Puedo yo volverme gato...?
Cecilia. No la busques. Lo prohíbo.
Luis. Pero, hija...
Cecilia. No la recibo
de ti. Primero la mato.
Luis. Pero...
Cecilia. Me has hecho una herida
que nunca podré olvidar.
Luis. ¿Yo...?
Cecilia. No me vuelvas a hablar
en los días de tu vida.
[*Se interna en el jardín y desaparece.*]

ESCENA IV.

D. LUIS. ROSA.

Luis. ¡Ingrata! ¡Dejarme así!
¿Qué dices de esa manía,
Rosa mía?
Rosa. ¡Rosa mía!
¿Cuánto ha dado usted por mí?
Luis. ¡Calle! ¿Tú también me saltas...?
Rosa. Tengo honra.
Luis. Pero...
Rosa. ¿Está usted?
A otra parte con la red,
que yo no soy suplefaltas.
[*Entra en la casa.*]

ESCENA V.

D. LUIS. D. JULIÁN.

- Luis.* ¡Oiga la tonta, la puerca...!
Julián. [*Sale de entre los árboles riéndose.*]
¡Bravo! ¡lindo!
- Luis.* ¿Quién se acerca...?
Julián. ¡Ah!... Julián...
Julián. Todo lo he oído;
¡y cómo me he divertido!
- Luis.* Tras de poner esa ingrata
mi sufrimiento en un tris,
la doncella alza la pata....
- Julián.* ¡Pobre Luis!
Luis. ¡La tal prima!... ¿Hay más extraño
capricho?
- Julián.* ¡Qué desengaño!
Ea, envíala a paseo.
- Luis.* Como soy que lo deseo,
pero sufrir que me plante
y luego un chisgarabís
de mí se ría triunfante....
- Julián.* ¡Pobre Luis!
Luis. Y, ya ves..., se desazona
con razón, porque la mona
es alhaja.
- Julián.* Sí, muy bella.
Hoy te ha postergado a ella,
y por cualquier chuchería
de Londres o de París
¡mañana te arañaría,
pobre Luis!
- Luis.* No; tiene buen corazón,
aunque mala educación.
Luego que yo la dirija
espero que se corrija...

- Julián.* ¿Corregirse? ¡Ya va largo!
 ¡Ahí es un grano de anís!
 ¡Tan mimada...!
- Luis.* Sin embargo...
- Julián.* ¡Pobre Luis!
- Luis.* No creas que soy tan zote,
 que...
 [*Yéndose.*]
 Hasta luego...
- Julián.* ¡Ah! sí... ¡El bigote!
- Luis.* ¡Es tan leve sacrificio...!
 Voy volando...
- Julián.* Por tu juicio
 no me atreviera yo a dar...
- Luis.* ¿Cuánto...?
- Julián.* Seis maravedís.
- Luis.* ¡Eh! pelillos a la mar.
- Julián.* ¡Pobre Luis!

ESCENA VI.

D. JULIÁN. CECILIA.

- Julián.* Bien merece ser marido
 quien tales albardas sufre.
 [*Aparece Cecilia deshojando una rosa*
 y paseando hacia el proscenio.]
 Ya vuelve hacia aquí la prima
 con rostro marchito y lúgubre.
 ¿Qué nuevo antojo...? Tal vez,
 disipada ya la nube
 de su cólera pueril,
 se arrepienta y capitule.
- Cecilia.* ¡Tú solo!... ¿Y Luis?
- Julián.* Se ha marchado,
 pálido como el azufre,

- hecho un tigre, un basilisco...
(La haré rabiarse con mi embuste.)
- Cecilia.* ¿De veras? ¿Y contra quién...?
Julián. Extraño que lo preguntes.
Contra ti. Lo has despedido
por un motivo muy fútil,
según dice, y fatigado
de tantas vicisitudes,
tal corría hacia la verja,
que a poco no cae de bruces.
- Cecilia.* He sido injusta; es verdad.
Tenía una pesadumbre,
y él lo ha pagado. No obstante,
yo espero que me disculpe
si me ama cual yo le amo.
- Julián.* Mucho temo que se frustre
tu esperanza.
- Cecilia.* ¿Sí? ¿Por qué?
Julián. Porque se fue haciendo cruces
a esta casa y con tal aire,
que quizá no te salude
otra vez.
- Cecilia.* ¿Será posible...?
Julián. Harto será que no ajuste
el primer coche que encuentre
sin que facciosos le asusten,
y se largue de un tirón
a Alcalá de los Gazules.
- Cecilia.* ¡Ah! El dolor me mataría.
Es preciso que le busques
y le digas de mi parte...
- Julián.* ¿Qué le he de decir? ¿No cumple
tu voluntad?
- Cecilia.* ¡Eh! ¿quien toma
tan a pechos...? Yo no supe

lo que me dije. ¡Por Dios,
dile que vuelva...!

Julián. Es inútil.
Si os reconciliáis el sábado,
de fe reñiréis el lunes.

Cecilia. Pero...

Julián. En fin, yo no me mezclo
en cosas que no me incumben.

ESCENA VIII.

CECILIA.

¡Ah qué hombre! En su corazón
jamás ha ardido la lumbre
del amor. No es maravilla
que de mi pena se burle.
¿Qué haré? ¡Mal haya mi genio!
¡Mal hayan mis prontitudes...!
¿Y permitiréis, Dios mío,
que en un día se acumulen
para mí tantas desgracias?
Amaba a una mona, y huye;
amaba a un hombre, y me deja;
y era tal ya mi costumbre
de partir entre los dos
halagos, riñas y dulces,
que de esta hecha caigo mala
y no llego al mes de octubre.
¡Oh, vuelve, monita, vuelve!
Si a mi hogar te restituyes,
te vestiré de odalisca
con damascos y tisús.
Vuelve, amante de mis ojos,
y en coyunda indisoluble...

[*Aparece por la verja D. Luis dirigiéndose al proscenio.*]

¿Qué veo! Él llega... Otra vez
mi astro de ventura luce.

ESCENA VIII.

CECILIA. D. LUIS.

- Luis.* ¿Se te ha pasado el enojo?
Cecilia. Sí, mi bien, mi amor, mi gloria,
y al traerlo a la memoria
confieso que me sonrojo.
Perdona, mi Luis, perdona,
que te ofendí a mi pesar.
¿Podría yo vacilar
entre un hombre y una mona?
¿Cuál ha sido mi dolor
oyendo a tu hermano aquí
que te alejabas de mí
trocando en saña el amor!
¿Y es posible que de un trote
pensabas irte, inhumano...?
¿Qué veo! Mintió tu hermano.
¡Te has afeitado el bigote!
¿Qué sorpresa! El bribonazo
te tiene envidia y me engaña.
En premio de tal hazaña
¿qué haré yo...? Darte un abrazo.
[*Se abrazan.*]
- Luis.* ¡Mi bien! No haya más contienda...
Cecilia. No, que luego amor lo llora.
¡Ah! yo te hago desde ahora
propósito de la enmienda.
- Luis.* ¿Y me querrás sólo a mí?
Cecilia. ¿Lo dudas? No seas niño.
¿En quién mejor mi cariño
pudiera emplear que en ti?

Luis. Manda el alma que lo crea,
pero me da mil afanes
esa nube de galanes
que sin cesar te rodea.
Sobre todo, el de la mona;
don Aquilino Carranque.
Sentiré que me desbanque
tan ridícula persona.

Cecilia. Por más que gima y se queje,
no temas...

Luis. Tampoco trago
de buen gesto al don Santiago.

Cecilia. ¡Bah!

Luis. Tu madre le protege.

Cecilia. Mi madre es voto de amén,
a nadie dice que no,
pero lo que diga yo,
eso hará; lo sé muy bien.
Vamos a verla al instante.
Ella piensa que te estimo
con el afecto de primo,
no con el fuego de amante;
mas yo le diré clarito
que el novio que me conviene
eres...

Luis. Calla, que aquí viene.

Cecilia. Mejor. Me alegro infinito.

ESCENA IX.

CECILIA. D. LUIS. DOÑA JOSEFA.

Josefa. ¿Qué os hacéis en el jardín?

Hoy ¿no se va al Prado?

Cecilia. No.

Josefa. Haciendo tan buena tarde....

Cecilia. ¿Dónde hemos de estar mejor?

Josefa. Dices bien.

Cecilia. Ahora, mamá,
tenemos que hablar las dos...
Luis es de casa. No importa
que oiga la conversación.

Josefa. ¿Qué quieres?

Cecilia. Quiero casarme.

Josefa. Bien. Sea en gracia de Dios.

Cecilia. Supongo que usted me deja
el derecho de elección.

Josefa. Es muy justo, porque al fin
tú has de casarte; no yo.
No obstante, debes tomar
mi consejo.

Cecilia. En eso estoy.
Hágame usted de mis novios
una exacta relación.

Josefa. Uno es, y yo te confieso
que su apasionada soy,
don Juan Crisóstomo Rubio,
Barreneche y Albornoz,
fiscal...

Cecilia. No quiero yo fiscales.
La toga asusta al amor.
En mis brazos soñaría
alguna conspiración;
respondiera a mis halagos:
Otro sí...— Por cuanto vos...,
Y en mi acción más inocente
vería un crimen atroz.

Josefa. Me convenzo.

Luis. Despedido...
y autos.

- Josefa.* Don Blas Obregón,
teniente de granaderos.
¡Gran nobleza y gran valor!
- Cecilia.* ¿Militares? ¡No en mis días!
O en Madrid quieta me estoy,
o, nueva amazona, sigo
la suerte del batallón.
Si me quedo, me someto
a viudez triste y precoz;
si le sigo, ¡qué de afanes!
Sobre un burro matalón⁴,
calado el mugriento gorro
de indefinido color,
con dos plumas que parecen
emblema de la nación;
pues, ambas a dos pelonas
y tercas ambas a dos,
cuando una dice que sí
su hermana dice que no;
a merced de un asistente,
sin abrigo y sin ración,
y expuesta siempre a apearne
por las orejas..., ¡qué horror!...
perdiera mi juventud
por esos trigos de Dios.
- Josefa.* No había yo dado en eso.
Soy de tu misma opinión.
- Luis.* Calabazas al teniente.
- Josefa.* El que a proponerte voy
merece la preferencia.
Es un dije, es un primor
don Aquilino Carranque.

4. **Matalón.** 'Flaco, débil y con mataduras'.

- ¡Qué apacible condición!
¡qué fino, qué petimetre!
Vaya, es la nata y la flor...
- Cecilia.* Pero es muy afeminado,
y no me remedio yo,
madre mía, con maridos
de quincalla y de charol.
- Josefa.* Bien dices. Su robustez
no es gran cosa. Aquella tos...
- Luis.* Desahuciado y otro al puesto.
- Josefa.* Bien. Don Santiago Querol,
propietario y fabricante,
es todo un hombre de pro.
De propósito he dejado
para el último...
- Cecilia.* Al peor.
Metódico y calculista,
esclavo de su reloj,
de todos mis pensamientos
pedirá cuenta y razón.
Me sisará receloso
hasta los rayos del sol.
Por ahorrar un dependiente
me pondrá en el mostrador,
o me tendrá almacenada
como un fardo de algodón.
- Josefa.* ¡Y es verdad!... Bien dijo el otro:
más ven cuatro ojos que dos.
- Luis.* Cero, y van cuatro.
- Josefa.* Pues, hija,
ya el catálogo finó.
- Cecilia.* El de usted, pero no el mío.
- Josefa.* Pues no acierto, como que soy
Josefa... Ya te he nombrado
a todo bicho varón

- que entra en mi casa.— A no ser
que tus primos...
- Luis.* ¡Voto a briós!...
- Josefa.* Los primos ¿no somos hombres?
Ya caigo... ¡Buena elección!
Y todo se queda en casa.
¡Pobre Julián! Yo le doy
desde ahora...
- Cecilia.* No es Julián.
- Josefa.* ¿No es Julián?
- Cecilia.* Es Luis.
- Luis.* Soy yo.
- Josefa.* Mejor. ¿Y cuándo la boda?
- Luis.* Por mí que se firmen hoy
los contratos.
- Cecilia.* Bien.
- Josefa.* Corriente.
¿A qué hora?
- Luis.* A la oración.
- Josefa.* ¿Sí? Pues voy a preparar...
- Luis.* Yo también corro veloz...
Cite usted al escribano;
yo a los testigos...
- Josefa.* Sí, voy...
- Cecilia.* [A su madre.]
Oiga usted...
[A D. Luis.]
Espera un poco....
[Habla aparte con su madre.]
- Luis.* (¡Esto es hecho! Amor triunfó.
Seré feliz...)
- Cecilia.* Tome usted
la llave del tocador.
- [Da una llavecita a su madre, y ésta entra en la casa.]

ESCENA X.

CECILIA. D. LUIS.

Cecilia. Serás mi esposo. ¡Qué dicha!
Verás con qué gusto bailo
esta noche...

Luis. ¿Hay baile en casa?

Cecilia. No. En casa de don Hilario...

Luis. Si tú no bailas no vives.

Cecilia. ¿Qué quieres! Me ha convidado
don Aquilino...

Luis. Bastaba
ser convite de ese trasto
para disgustarme a mí.

Cecilia. No es justo...

Luis. Es que, hablemos claro,
siempre eres tú su pareja,
y eso ya me va enfadando.

Cecilia. Suele dirigirse a mí,
y como con él me amaño
mejor que con otro...

Luis. ¡Pues!

Cecilia. ¿Te da celos?

Luis. Me da empacho.

Cecilia. Pues sácame tú a bailar
y verás cómo le planto.

Luis. A mí no me gusta el baile,
ni jamás...

Cecilia. ¡Buenos estamos!
Ni quieres bailar conmigo,
ni sufres que luzca el garbo
con otro.

Luis. Yo...

Cecilia. Aquí tenemos
al perro del hortelano.

Luis. Pero...

Cecilia. Pues una de dos;
contigo, o con él.

Luis. ¡Cuidado
que es manía...!

Cecilia. Más ridícula
es la tuya. ¡Ingrato! ¡ingrato!

Luis. ¿Lloras?

Cecilia. ¡Ni bailar me deja!

Luis. Pero ¿a qué viene ese llanto?

Cecilia. Si así me tratas de novio,
¿qué harás después de casado?

Luis. Tengo a ese hombre antipatía...

Cecilia. No a él, sino a mí.

Luis. Hazte cargo...

Cecilia. ¡Ah! ¡Lo he preferido a todos
para que me dé este pago!

Luis. ¡Por Dios, óyeme! No es falta
de amor; todo lo contrario.

Cecilia. Está muy bien. No iré al baile.

Luis. ¡Oh!

Cecilia. Me encerraré en mi cuarto...

Luis. Vamos, no llores...

Cecilia. Mejor
sería entrar en un claustro
que casarme con un hombre
tan injusto y tan tirano.

Luis. Basta. Baila con quien quieras,
aunque a mí me lleve el diablo.—
Pero el vals..., de ningún modo.

Cecilia. ¡El vals que me gusta tanto...!

Luis. Bien. Yo valsaré contigo.

Cecilia. ¿Sí?

Luis. Soy ágil como un sapo,
mas no importa. Aunque reviente,

no quiero verte en los brazos
de un títere.

[*Saca la petaca.*]

Cecilia. ¿Me darás

sumo gusto... ¿Otro cigarro?

¡Qué vicio tan asqueroso!

Luis. Bien. No te enfades. Ya guardo
la petaca.

Cecilia. Sí; y después...

¡Maldito sea el tabaco!

Luis. No es tan fácil desechar
costumbre de muchos años.

Cecilia. ¿No? Dame esa cigarrera.

Luis. Pero, mujer...

Cecilia. Yo lo mando.

[*Con ternura.*]

Yo te lo suplico.

Luis. [*Con un suspiro.*] Toma.

Cecilia. Quiero saber lo que valgo.

O no vuelves a fumar,

o contigo no me caso.

Luis. ¿Qué he de hacer! Me gusta el humo,
pero prefiero tu mano.

ESCENA XI.

CECILIA. D. LUIS. ROSA.

[*Cecilia sale al encuentro de Rosa, toma de ella lo que indicará
el diálogo, y lo cubre con el pañuelo.*]

Luis. (Hará de mí cuanto quiera,
sí. Soy un alma de cántaro.)

Cecilia. Muy bien. Ahora llévate eso.

[*Da a Rosa la petaca después de tirar los cigarros.*]

Luis. ¡Ah... qué lástima de habanos!

ESCENA XII.

CECILIA. D. LUIS.

- Cecilia.* Luis, acabas de hacer
un gran sacrificio.
- Luis.* Sí; algo...
- Cecilia.* [*Le da un retrato.*]
He aquí mi recompensa.
- Luis.* [*Mirando con gozo la miniatura.*]
¡Oh ventura! ¡Tu retrato!
Mil veces lo he de besar.
- Cecilia.* Basta ya, que me estás dando
envidia...
- Luis.* ¿Qué oigo! Pues ven...
- Cecilia.* [*Desviándose.*]
Cuando nos case el vicario.
- Luis.* ¡Taimada!— Será razón,
aunque pierdas en el cambio,
que yo te ofrezca también
mi imagen...
- Cecilia.* Es excusado.
Ya la tengo.
- Luis.* ¿Cómo...?
- Cecilia.* [*Enseñándole otro retrato.*]
Mira.
- Luis.* Pues ¿quién...? ¡Oh sorpresa! ¿Cuándo...?
- Cecilia.* ¿Te admiras! ¿No sabes tú
que amor sabe hacer milagros?
Ya ha tiempo que de orden mía
seguía un pintor tus pasos.
- Luis.* ¿Qué escucho! ¿Será posible...!
- Cecilia.* Oro, paciencia y trabajo
¿qué no alcanzan?
- Luis.* ¡Dueño mío!
- Cecilia.* Luis, ¿me perdonas el rapto?

Luis. ¡Perdón me pides, y el júbilo
me enloquece!

Cecilia. Si este rasgo
no es prueba de amor...

Luis. Sí, hermosa.
(Y yo vacilé... ¡Insensato!
Voy a citar... Cada instante
que la ventura retardo
de llamarte mía, un siglo
se me hace. Vuelvo volando.

[Besa tiernamente la mano a Cecilia y vase por la verja.]

ESCENA XIII

CECILIA.

¡Mi pobre Luis! Está loco.
Mucho le quiero, y es justo...;
aunque a veces me da gusto
hacerle rabiar un poco.

ESCENA XIV.

CECILIA. D. SANTIAGO.

[D. Santiago viene de la casa.]

Santiago. A los pies de usted, Cecilia.

Cecilia. Abur, don Santiago.

Santiago. Al fin
la hallo a usted en el jardín.
¡Bueno! Y lejos la familia...
Mejor. La hermosa a quien amo
es usted; a la hora de esta
no he recibido respuesta
a mi instancia, y la reclamo.

Cecilia. Pero...

- Santiago.* Un hombre como yo
jamás el tiempo malgasta,
y usted ha tenido el que basta
para decir sí o no.
Aunque el alma me destroce
la contestación que busco...
- Cecilia.* (¿Se ha visto amante más brusco?)
- Santiago.* [Mirando su reloj.]
Ahora son la cinco y doce...
- Cecilia.* Y eso ¿qué me importa a mí?
Vaya, que es cosa de risa...
- Santiago.* Hija, usted no tendrá prisa;
lo entiendo, pero yo sí.
Mañana parto a Valencia,
y sin que sepa mi suerte,
ya ve usted que es cosa fuerte
soplarme en la diligencia.
No tome usted, niña, a mal
mi urgencia. Si me hago el lerdo,
los momentos que yo pierdo
los ganará algún rival.
Y pues aborrezco el ocio
porque a Dios he de dar cuenta,
y ya sabe usted mi renta,
zanjaremos el negocio.
- Cecilia.* ¿Si creerá usted...?
- Santiago.* Ya estoy harto...
- Cecilia.* Que vivo desesperada,
y lloro...
- Santiago.* No creo nada...
[Vuelve a mirar el reloj]
Pero ya son las cinco y cuarto.
Esta ocasión aprovecho
recelando alguna intriga;
y para que usted no diga
que un puñal pongo a su pecho...

Cecilia. Oiga usted...
Santiago. Entre esos frutos
dar una vuelta resuelvo
y por respuesta vuelvo
en pasando ocho minutos.
Cecilia. No. Ahora mismo, sin ribete
ninguno, sin embarazo,
[*Aparece D. Luis por la puerta de la verja.*]
digo... (¡Ah! Luis...)
Santiago. ¿Eh?
Cecilia. Acepto el plazo.
Santiago. [*Mirando al reloj.*]
Bien.— Las cinco y diez y siete.

ESCENA XV.

CECILIA. D. LUIS.

Luis. Cecilia...
Cecilia. A buena ocasión
llegas. (La ira me enciende.)
Don Santiago me pretende
y espera contestación.
Luis. Te habrá escrito. ¿A ver la carta?
Cecilia. No hay carta.
Luis. ¿Cómo...?
Cecilia. Me ha hablado;
volverá aquí. De mi lado
ahora mismito se aparta.
Luis. ¿Y porqué con Belcebú
no le has dicho ya que no?
Cecilia. No he de decírselo yo.
Luis. Pues ¿quién?
Cecilia. Tú.
Luis. ¿Yo?
Cecilia. Tú.

Luis. ¡Yo!
Cecilia. ¡Tú!
Luis. Aunque un no jamás fue grato,
si lo oye de ti, tal cual,
mas decírselo un rival...
Eso es un asesinato.
Cecilia. Su fatuidad es inmensa,
y merece ese castigo.
En fin, haz lo que te digo.
Luis. Pero sepamos qué ofensa...
Cecilia. Como si fuera mi mano
mercancía baladí
me ha exigido el no o el sí
con el reloj en la mano.
Luis. Es genio suyo, querida,
y si el amor que le inflama,
le atosiga...
Cecilia. Eso se llama
pedir la bolsa o la vida.
Luis. Deja estar al don Santiago.
No turbe mi rogocijo...
Cecilia. Despídele: yo lo exijo.
Luis. ¡Vaya en gracia! ¿Y cómo lo hago?
Cecilia. De mi parte le dirás
que maridos de su laya
no me gustan; que se vaya
y no vuelva aquí jamás.
Luis. ¿Y si luego hay desafío?
¿Y si obligado me veo...?
Cecilia. Es un pobre hombre. No creo
que llegue la sangre al río.
Luis. No lo digo por cobarde.
Sabe Dios que no lo soy;
pero...

que es usted el venturoso
que me ha arrebatado el triunfo,
y es preciso que me dé
satisfacción...

Luis. No rehúso...

(¡Si lo dije!)

Santiago. Muy bien. ¿Armas?

Luis. Florete.

Santiago. Dos bien agudos
tengo en casa. Andando.

Luis. ¿Ahora?

Santiago. El llanto sobre el difunto.

Luis. Mañana. Hoy tengo que hacer.

Santiago. Mañana tomo yo el rumbo
de Valencia, y no me voy
sin venganza; conqué, al punto...

Luis. Mucha prisa tiene usted
de saludar el sepulcro.

Santiago. Sígame usted, y veremos
quién hace antes el saludo.
Es la cosa más sencilla...
En menos de diez minutos
acabamos. Vivo cerca.
Mientras a mi casa subo
y bajo con los floretes
pasan cuatro, y digo mucho;
en otros dos nos plantamos
desde la calle del Burro
en las ruinas del convento
de la Merced: no soy zurdo;
usted no es manco; otros tres
prudentemente calculo
para que uno de los dos
viaje en posta al otro mundo.
Ea, vamos.

[*Mira el reloj.*]

Son las seis

menos cuarto, y tres segundos.

Luis. Digo que hoy no me acomoda.

Santiago. Eso es buscar subterfugios
porque usted me tiene miedo.

Luis. ¿Miedo yo? De nadie sufro...

Guíe usted. ¡Pronto!

Santiago. ¡Volando!

[*Asoma Rosa por la puerta de la derecha.*]

Luis. ¡Rosa!... Importa el disimulo.

[*En alta voz.*]

El brazo.

Santiago. ¡Ah! Sí... ¡Caro amigo!...

[*Se dan el brazo y se van por la verja.*]

(¡Cuántos habrá de este cuño,
que se hacen mil cumplimientos
y se aborrecen a dúo!)

ESCENA XVII.

ROSA.

Por este lado han de estar
aquellos cigarros puros...

[*Los busca por entre los árboles, y los va recogiendo.*]

Es lástima que se pierdan

o los coja el zamacuco

de Bartolo. A mi barbero

le vendrán de perlas.— Uno.

Bien. ¡Otro! Allí veo dos...

Otro aquí... No hay más. ¡Qué chusco

estará con uno de ellos

en la boca!— Él es un tuno,

un borrachuelo, un pelón...,

pero no hay otro recurso.

ESCENA XVIII.

ROSA. D. JULIÁN.

[*Don Julián viene de la casa.*]

Julián. ¿Por dónde andará esta gente?
A Dios, salada.

Rosa. ¡Pues ya!

Julián. En casa no he visto a nadie;
ni a la madre angelical,
ni a la hija...

Rosa. Es que las dos
poniéndose ahora están
de veinticinco alfileres.

Julián. ¿Y mi hermano?

Rosa. Poco ha
que salió con don Santiago
del brazo.

Julián. ¡Con un rival!
Mucho me admiro...

Rosa. Presumo
que poco podrá tardar.
Si esta noche se ha de hacer
la cosa.

Julián. ¡La cosa! ¿Cuál?

Rosa. ¡Cómo! ¿Usted no sabe nada?
Tenemos gran novedad.
Esta noche es el dichoso
contrato matrimonial.

Julián. ¿Se casa al fin? ¡Malogrado
joven!

Rosa. ¿Malogrado? ¡Quia!
Él hace su gusto...

Julián. Él hace
una insigne necedad.

Rosa. ¿Necedad porque se casa?

- Julián.* Por eso en primer lugar,
y en segundo por casarse
con mi prima.
- Rosa.* Pues ¿qué mal
ha de estarle el ser marido
de moza tan linda y tan...
¿No gusta usted de su prima?
- Julián.* Tú me gustas mucho más.
- Rosa.* ¡Que si quieres!... A otro perro
con ese hueso.
- Julián.* Sí tal.
- Rosa.* ¡Usté a una pobre criada...!
- Julián.* Te quiero, a fe de Julián;
y para darte una prueba
de mi cariño...
[Intenta abrazarla y Rosa le repele.]
- Rosa.* ¡Arre allá!
No me quiere quien no guarda
respeto a mi honestidad.
- Julián.* Un abrazo más o menos
¿qué importa...?
- Rosa.* [Con aire teatral.]
¡Jamás! ¡Jamás!
- Julián.* ¿Eh? ¿De quién has aprendido
ese tono sepulcral,
así..., a manera de *Huérfana
de Bruselas*? ¡Voto a san...!
A un lado dengues postizos,
y déjate acariciar.
[Intenta abrazarla otra vez.]
- Rosa.* [Retrocediendo.]
Si es cierto que usted me quiere...
- Julián.* Furiosamente.
- Rosa.* Sólo hay
un medio...

Julián. ¿Cuál, vida mía?
Rosa. El vicario y el altar.
Julián. ¡Altar! ¡Vicario! ¿Qué has dicho?
¿Hablas con formalidad?
Rosa. Pues ¡qué! ¿se figura usted
que sería yo capaz...?
Quien su marido no sea
no abraza a Rosa Pascual.
Julián. ¿A mí matrimonio! ¿Sabes
que has nombrado a Satanás?
¡Y vive Dios que el bodorrio...!
Rosa. Es que yo...
Julián. Vete a fregar.
[*La vuelve la espalda y se pasea.*]
Rosa. [Sofocada]
Oiga usted; no soy fregona,
sino doncella...
[*Suena en la casa una campanilla.*]
¡Ya van!—
De labor; y me he criado
en buenos pañales; mas...
yo tengo la culpa, que...
por la política y la...,
¡pues! le he tratado a usted con...
tanta familiaridad.

ESCENA XIX.

D. JULIÁN.

¡Bueno fuera que después
de tanto merodear
sin doblar mi erguido cuello
a la coyunda nupcial,
una criaduela zafia
me hiciera al fin hocicar!

ESCENA XX.

D. JULIÁN. D. LUIS.

[*Don Luis trae la mano derecha vendada.*]

Luis. Julián.
Julián. [*Volviéndose.*]
¿Quién?... Es Luis. ¿Qué veo!
¿Por qué esa mano vendada?
¿Estás... herido?
Luis. No es nada.
Gajecillos del empleo.
Julián. ¿A ver...?
Luis. Un leve pinchazo
que apenas rasgó el pellejo.
Julián. ¿De veras?
Luis. Mira: menejo
sin dificultad el brazo.
Julián. ¿Algún duelo?
Luis. Sí.
Julián. ¿Con quién?
Luis. Con don Santiago.
Julián. ¿El motivo?
Luis. Un antojo vengativo...
Julián. ¿Tuyo?
Luis. De mi dulce bien.
En vez de darle un sofión⁵
quiso que yo se le diera.
El otro, que no es de cera,
me pidió satisfacción;
más diestro, no más valiente,
mi rival me ha herido, y ¡zas!

5. **Sofión.** 'Respuesta o situación desabrida'. Esta voz aparece también en *Marcela*.

me ha desarmado. *Ítem más*,
y es milagro que lo cuente;
pero con cara de risa
mira el reloj, pega un brinco
y exclama: “¡seis menos cinco!
Ya basta. Abur. Tengo prisa.”
Julián. ¿Y después de esa aventura
te casarás...? ¡Tontería!..
Luis. Deja, hombre, que todavía...
no nos ha velado el cura.
Quiero hacer la última prueba.
La has de decir..
Julián. ¿Estás lelo?
Luis. Que tengo pendiente un duelo...
A ver cómo oye la nueva.
Julián. Pero, hombre...
Luis. De mi enemigo
pinta bien la saña atroz...
[*Cecilia talarea dentro.*]
Ella viene. ¿Oyes su voz?
Me escondo. Haz lo que te digo.
[*Se oculta entre los árboles.*]

ESCENA XXI.

D. JULIÁN. CECILIA. D. LUIS.

[*Empieza a oscurecer.*]

Cecilia. Adiós, Julián. ¿Y tu hermano?
Ya pronto va a anochecer,
y si se han de celebrar
los contratos...
Julián. ¡Cielos!
Cecilia. ¿Eh?
¡Suspiras...!
Julián. Tú hablas de boda
cuando a estas horas tal vez...

- Cecilia.* ¿Qué ocurre? Me haces temblar...
¿Qué es de tu hermano?
- Julián.* No sé...
Con don Santiago me han dicho
que salió de este verjel
y que iban los dos furiosos
con trazas al parecer
de irse a batir...
- Cecilia.* ¡Justo Dios!
- Julián.* Mi amigo Pepe Rangel,
que acertó a pasar entonces,
oyó hablar...
- Cecilia.* Hablar... ¿De qué?
- Julián.* De pistolas.
- Cecilia.* ¡De pistolas!
¡Ay Virgen Santa! ¿Y después?
- Julián.* Tuvo intención de seguirlos,
pero pensándolo bien
prefirió buscarme a mí...
- Cecilia.* Por Dios te pido que estés
a la mira. No consentas...
- Julián.* Ya ves tú si yo querré...
Pero le he buscado en balde,
y a don Santiago también.
don Santiago fue a su casa,
bajó un envoltorio...
- Cecilia.* ¡Pues!
- ¡Las pistolas!
- Julián.* ¡Ah! se baten
como cuatro y dos son seis.
- Cecilia.* ¡Triste de mí!— Aún será tiempo...
Por Dios, corre...
- Julián.* ¿Adónde iré?
- Cecilia.* ¡Qué flema! ¡Y eres su hermano!
- Julián.* Sí, pero...

- Cecilia.* Pregunta....
- Julián.* ¿A quién?
- Ya es tarde.
- Cecilia.* Si tú le amaras
como yo le amo...
- Julián.* ¡Pardiez!
¡Me reconviene ahora...
cuando el riesgo en que se ve
quizá a algún capricho tuyo
lo tiene que agradecer!
- Cecilia.* ¡Ah! tú me recuerdas... Sí...
Mi imprudencia, mi altivez...
Loca estuve. Yo el funesto
desafío provoqué.
Ahora lloro arrepentida...
- Julián.* ¡A buena hora!
- Cecilia.* ¿Hay mujer
más infeliz...?
- Luis.* (¡Prenda amada!)
- [*Hace un movimiento para salir, y D. Julián le detiene.*]
- Cecilia.* ¡Mal haya, mal haya, amén,
mi locura...!
- Julián.* ¡Y si supieras,
desventurada, quién es
don Santiago... Si sucumbe
Luis, con esta serán diez
las muertes que pesarán
sobre su alma.
- Cecilia.* ¡San José
me valga!
[*Intenta salir otra vez D. Luis y le contiene su hermano.*]
- Julián.* No le hay más diestro
para la pistola que él.
- Cecilia.* ¡Yo muero!
- Julián.* A cuarenta pasos
hace añicos una nuez.

- Cecilia.* ¡Ah!
[*Se desmaya en brazos de D. Julián. D. Luis sale precipitado a socorrerla.*]
- Luis.* ¡Favor! ¡Bien mío...!
- Julián.* ¡Calla...!
- Luis.* No puedo más. ¡Qué interés...!
¡Qué amor...! Vuelve, vida mía...
Yo te perdono...
- Julián.* Detén
la lengua. Ya vuelve...
[*Cecilia suspira. D. Julián hace que su hermano se oculte otra vez.*]
- Cecilia.* Aparta.
¿Dónde estoy...? ¡Cielos! ¿Por qué,
por qué a mis ojos la luz
aborrecida volvéis?
- Julián.* ¿Quién sabe...? Quizá el combate
se transija en el café.
- Cecilia.* ¡Pobre Luis del alma mía,
tan cariñoso, tan fiel!...
Yo le seguiré a la tumba,
¡y oh si probarle mi fe
pudiera dando mi vida
por salvar la suya!
- Luis.* [A *D. Julián en voz baja, ya resuelto a salir; pero
viendo a doña Josefa se detiene.*]
¿Ves?

ESCENA XXII.

D. JULIÁN. CECILIA. D. LUIS. DOÑA JOSEFA.

- Josefa.* ¡Albricias!
- Julián.* ¿Qué es eso?
- Josefa.* ¡Albricias!
Ya ha parecido. ¡Oh placer!

Cecilia. ¿Mi Luis?
Josefa. La mona!
Cecilia. ¡Mi mona!
¡Qué dicha! Y... dígame usted,
quién la ha traído? El hallazgo⁶
que me pida le daré.
Luis. (¡Medrados estamos!)

ESCENA XXIII.

CECILIA. DOÑA JOSEFA. D. JULIÁN. D. LUIS. D. AQUILINO:

Aquilino. [Saliendo de la casa.] Yo
reclamo el lauro y el prez
de esta empresa. Sí, Cecilia,
que hoy he sudado la hiel.
¡Buen Dios, lo que yo he corrido!
Y estando, ustedes lo ven,
delicado...

Cecilia. ¡Qué fineza!
Josefa. Eso es más de agradecer.
Aquilino. [A D. Julián.]
¿Creerá usted que vengo ahora
desde la calle del Pez...

Julián. ¡Eh! ¿qué me importa...?
Aquilino. [A Cecilia.] ¡El hallazgo!
Cecilia. Sí, sí. Mi palabra es ley,
don Aquilino.

Aquilino. Quisiera
pedir más alta merced,
pero mis escasos méritos...,
mi natural timidez...
Por no abusar...

6. **Hallazgo.** 'Recompensa que se da al que encuentra algo perdido'.

Julián. (¡Mentecato!)
Luis. (¡Mueble!)
Aquilino. Me limito pues
a que usted me dé a besar
su mano de rosicler.
Cecilia. Si mamá me lo permite...
Josefa. Concedido.
Cecilia. Bese usted.
[*Presenta la mano y D. Aquilino la besa.*]
Aquilino. ¡Oh, júbilo!
[*Se presenta D. Luis ocultando la mano berida. Al verle da un grito Cecilia.*]
Cecilia. ¡Ah!
Luis. Buen provecho.
doy a usted mi parabién.
Cecilia. [*Recobrada del susto.*]
¡Eres tú! El novio..., la mona...
¡Cuántas dichas a la vez!
Aquilino. [*Suspirando.*]
(¡El novio!)

ESCENA XXIV.

CECILIA. DOÑA JOSEFA. D. LUIS. D. JULIÁN.
D. AQUILINO. ROSA.

Rosa. En la sala espera
el señor don Bernabé.
Josefa. Sí, el escribano...
Cecilia. Ha venido
a pedir de boca.
[*A D. Luis.*]
Ven...
Luis. Pueden ustedes decirle
que se vaya...
Cecilia. ¿Cómo...?

- Luis.* A pie,
si no ha traído carruaje.
- Cecilia.* ¿Qué oigo! ¿Te quieres volver
atrás...?
- Rosa.* Ya ha puesto en la mesa
media resma de papel...
- Luis.* Es inútil. Yo no puedo
firmar...
- Cecilia.* ¡No puedes!... ¿Por qué?
- Luis.* [Enseñando la mano derecha.]
Porque estoy manco.
- Cecilia.* ¡Dios mío!
- Josefa.* ¡Muchacho!
- Aquilino.* ¡Qué horror!
- Josefa.* Traed
bálsamo...
- Luis.* No hay que austarse.
Es un rasguño en la piel.
- Cecilia.* Respiro.
- Luis.* Un aviso al novio...
- Cecilia.* ¡Ah Luis!...
- Luis.* Que yo no echaré
en saco roto.
- Cecilia.* ¿Qué quieres
decir...?
- Luis.* Lo vas a saber.
Eres muy linda muchacha,
cautiva el alma tu sal,
tu cara no tiene igual,
tu cuerpo no tiene tacha.
Más fina que el pensamiento,
más dulce que una colmena,
cantas como una sirena,
y bailas que es un contento.
Tu índole es buena; sí tal,

pero, hablando con perdón
de tía, tu educación,
dulce primita, es fatal.
Tú eres sensible...,
[Viendo que va a interrumpirle Cecilia.]

Ten calma.—
Pero tienes en verdad
tanta sensibilidad...
que no te cabe en el alma.
De aquí nacen tus arranques,
tu viveza singular,
y tu afición a bailar
con *Aquilinos Carranques*.

Aquilino. [Picado.]

¡Oiga...!

Julián. [A D. Aquilino con imperio.]

¡Calle!

Luis. Y tus caprichos
de carácter tan diverso,
y andar tu amor tan disperso
entre hombres, dijes y bichos.
Te he sufrido mil desbarros,
y he podido sin enojo
sacrificar a tu antojo
mi bigote y mis cigarros;
mas con imperio absoluto
echarme a cuestras, sin viso
de razón, el compromiso
de matarme con un bruto;
y a fuer de amante leal
volver a tus pies lisiado
para verme postergado
a un asqueroso animal...;
esto pasa de castaño

oscuro, esto es ya muy negro;
y de recibir me alegro
tan a tiempo el desengaño.
Nadie perfecto nació.
Sé que en la humana familia
mujeres y hombres, Cecilia,
tienen su *contra* y su *pro*;
mas si tu cuenta se ajusta
y a hablar claro me resigno,
ni de tanto *pro* soy digno
ni tanto *contra* me gusta;
y pues te sobran amantes
más indulgentes, más bellos,
cásate con uno de ellos...,
y tan amigos como antes.

Aquilino. ¡Ah! si tan alta belleza
me admitiera por esposo...

Julián. [*Aparte a D. Luis.*]
¡Bravo, Luis!

Cecilia. (Aquí es forzoso
sacar fuerzas de flaqueza.)
Es cierto; puesto en el fiel
pro y *contra*, declaro aquí
que ni él nació para mí
ni yo nací para él.

Josefa. Bien dicho.

Cecilia. A bien que el casorio
no es para mí tan urgente.

Aquilino. Con todo, si usted consiente...

Cecilia. Queda usted de meritorio.

Aquilino. [*A Rosa.*]

¡Por ella estoy en los huesos!

Cecilia. Tú eres la que vences hoy,
monita de mi alma... Voy,
voy a comérmela a besos.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA JOSEFA. D. LUIS. D. JULIÁN. ROSA. D. AQUILINO.

Julián. ¡Anda bendita de Dios!
 No sé yo, a fe de imparcial
 entre ella y la mona..., cuál
 es más mona de las dos.

